

Fragmentos de Mares y Océanos

Dr. Carlos Aponte, Ph.D



Comencé esta reflexión desde una perspectiva algo distinta a aquella estrictamente científica sobre los océanos y mares. Quise efectivamente alejarme de la tierra para aproximarme a aquello que Mary Shelley describió como «uno de los deberes del artista literario» que es aquel de «absorber el conocimiento de las ciencias y asimilarlo a las necesidades del hombre, coloreándolo con las pasiones de éste y transformándolo con la sangre y los huesos de la naturaleza humana» (2). Y, ciertamente, sondearemos lo que acertadamente Brito García expresa como: «... Los senderos luminosos

del positivista conducen irremisiblemente a la oscuridad del misterio...». Y es con esa oscuridad del misterio, y que aún conservan los mares y los océanos, lo que nos invitan a un estar absortos con la mirada en el atardecer, solitarios, vagando la contemplación «sobre la popa de los pesqueros que cruzaban por el agua...» (1). Por tanto, si asumimos que el paisaje que nos enmarca ahora es el de las extensas soledades oceánicas, entonces «el paisaje es la metáfora de esa otredad abismal donde cesa el precario discurso del civilizado [y del positivista]: la naturaleza, el horror indecible

de la vida sin conciencia, que deja toda pregunta sin contestación» (2).

Y prosigue Brito García, «La más amenazadora de estas otredades es la del mito. Para el catecismo positivista o la cartilla civilizadora, el mito no es más que sueño de la razón, fetiche engañoso, desvarío» (2).

Pues, desvariemos...

Sí, los océanos y los mares son un mito. Tienen mucho de mito, de historias, de leyendas, de cuentos, de alocuciones. Científicos, escritores, poetas le han dedicado sus mensajes, sus discursos, sus soflamas y sus

blasfemias...

Sí, blasfemias, dicese de palabra o expresión injuriosa que se dice contra Dios o las cosas sagradas.

Sí, los Mares y los Océanos son, en parte, cosa sagrada, mítica, legendaria...

Pues, «Cuando no existían el radar, ni los satélites, ni las sondas electrónicas, y los barcos eran cubiletes danzando en la boca del infierno, y el mar un peligro mortal; pero también, todavía un refugio inexpugnable frente a todas las cosas, los problemas, las vidas ya vividas, o por vivir, muertes pendientes o consumadas que se dejaban atrás, en tierra» (1).

Cierto, desde ese momento los mares y los océanos devienen míticos, poderosos, insondables, misteriosos...

En esa atmósfera mítica, para algún otro, los mares son el enemigo, la otredad abismal, ese dominio que el hombre debe y ha de vencer, ese devenir del hombre en aquello que Sófocles caracterizaba en una frase lapidaria: «Él es el ser que atormenta a la Diosa Tierra...» (3) y –agreguemos a la Diosa de las Aguas...

Sí, Jerjes, el mítico rey persa, en aquella también mítica

batalla naval de Artemisio, entra en ofensiva contra las naves griegas en Eubea. Pero ya en pleno verano, «se desencadenó una lluvia torrencial, que duró toda la noche, acompañada de estruendosos truenos procedentes del Pelión».

«Así transcurrió la noche para esos contingentes persas; [...] esa misma noche resultó todavía mucho más terrible, por cuanto los sorprendió mientras navegaban por alta mar, y tuvieron un fatal desenlace [...] se vieron arrastrados por el viento y, como no conocían la zona a la que eran empujados, acabaron chocando contra los escollos».

Se cuenta que Jerjes encolerizado contra el mar enemigo, esa otredad oscura y maligna, le azotó sus olas con un látigo, hasta trescientas veces, y gritándole:

«¡Maldita corriente! Tu amor te inflige este castigo porque, pese a no haber sufrido agravio alguno por su parte, lo has agraviado. A fe que, tanto si quieres como si no, el rey Jerjes pasará sobre ti» (4).

También existe aquel que transforma la otredad en obsesión, una persecución implacable para hundirse y

desaparecer en la oscuridad del misterio.

Van las tripulaciones a ese juego de muerte: Rodmond, el infalible, levanta y blande en alto el acero afilado esperando el momento. (5).

Rodmond, nos recuerda aquel capitán Ahab, eterno y proverbial personaje de Moby Dick, obra maestra de Herman Melville, y que el propio Melville lo describe como: «Aquí habrá materia para los pensamientos, si Ahab tuviera tiempo para pensar, pero Ahab no piensa nunca; solamente siente, siente, siente; eso ya le hormiguea bastante a un hombre mortal: pensar en audacia» (6). Pero

no. El capitán Ahab pensaba en obsesión. Pues, Ahab había decidido vencer una de las expresiones más portentosas de la vida en mares y océanos, una de esas maravillas de la biodiversidad: el inmenso cachalote blanco (*Physeter macrocephalus*). Estamos hablando de maravillas vivientes de hasta unos 20,5 metros de longitud y peso equivalente a unos 57 000 kg.

Cuando «Ahab volvió a avistar el chorro», esa proyección vertical que, acompañado de un sonido inconfundible (el soplido), se eleva unos 15 metros desde el espiráculo

del cachalote, desde el cual es proyectado.

Pero para Ahab, aún en esa última batalla, describe su hogar: «*Pero dejadme que eche a mi alrededor otra buena mirada al mar desde lo alto; hay tiempo para ello. Un espectáculo viejo, muy viejo; sí, y no ha cambiado en nada desde la primera vez que lo vi, siendo muchacho, en los cerros de arena de Nantucket. ¡El mismo, el mismo! El mismo para Noé que para mí. Hay un ligero chaparrón a sotavento. ¡Qué deliciosos sotaventos! Deben llevar a alguna parte; algo diferente de la tierra vulgar, más lleno de gracia que las palmeras*»

Ahab como retando al destino intenta encarar a la “bestia” descomunal surgida de aguas profundas: «*De repente, las aguas alrededor de ellos se hincharon lentamente en anchos círculos: luego se elevaron deprisa, como resbalando de lado desde una sumergida montaña de hielo que subiera velozmente a la superficie. Se oyó un sordo sonido profundo, un zumbido subterráneo, y luego todos contuvieron el aliento, al ver que, entorpecida con cables a rastras, arpones y lanzas, una vasta figura surgía del mar a lo largo, pero oblicuamente. Envuelta en un leve velo de*



(C) ArtsDot.com - Claude Joseph Vernet

niebla que caía, se cernió por un momento en el aire irisado, y luego cayó atrás, hundiéndose en lo profundo»

— *¡Adelante!* —gritó Ahab a los remeros...

Y más adelante, dice

[...] — *¿Qué se rompe en mí? ¡Algún tendón se quiebra! Otra vez estoy bien. ¡Remos, remos! ¡Adelante contra ella!*

[...] — [...] *¡Ah, muerte solitaria para vida solitaria! ¡Ah, ahora*

siento mi supremo dolor! ¡Ah, ah, desde vuestros más lejanos confines, venid ahora a verteros, osadas olas de toda mi vida pasada, y amontonaos en esta gran oleada reunida de mi muerte! Hacia ti bogo, ballena omnidestructora, pero invencible; al fin lucho contigo; desde el corazón del infierno te hiero; por odio te escupo mi último aliento. ¡Húndanse todos los ataúdes y todos los coches fúnebres en un charco común! Y puesto que ninguno ha de ser para mí, ¡vaya yo a

remolque en trozos, sin dejar de perseguirte, aunque atado a ti, ballena maldita! ¡Así entrego la lanza!

O como aquellas conversaciones perdidas pero exquisitas dentro de una buena obra sobre mares, océanos, tesoros y cartas esféricas (1):

[...] *Él se volvió de nuevo hacia la playa, incomodo, y luego puso más vino en el vaso, aunque estaba casi lleno.*

Los ojos seguían frente a él, escrutadores.

— *Cuéntame —dijo ella— qué es lo que ha cambiado en el mar.*

— *Yo no he dicho nada de eso*

— *Si lo has dicho. Cuéntame por qué ahora es diferente*

— *No es ahora. Ya era diferente cuando empecé a navegar*

[...]

— *¿Eso quiere decir que el mar ya no sirve?*

— *Tampoco eso —Coy hizo un gesto vago—. Sirve. Lo que pasa es que... Ya no es fácil mantenerse lejos.*

— *¿Lejos de qué?*

— *Hay teléfonos, y fax, e internet... Ingresas a la escuela náutica porque... No sé. Porque quieres irte. Quieres conocer muchos sitios, y muchos puertos, y muchas mujeres...*

Sí, Coy nos enfrenta también al misterio de mares y océanos, pero ahora como refugio, abrigo, protección... incluso, consuelo. Y es, por ello, que Melville, en Moby Dick, pone en boca de Ismael aquellas lacónicas palabras, [El mar] «*Es mi sustitutivo de la pistola y la bala. Con floreo filosófico, Catón se arroja sobre su espada; yo, calladamente, me meto en el barco. No hay nada sorprendente en esto. Aunque*

no lo sepan, casi todos los hombres, en una o en otra ocasión, abrigan sentimientos muy parecidos a los míos respecto al océano»

— [...] También están los ansiosos buscadores de tesoros... Cientos, quizás miles de historias de aventureros, maleantes, bohemios, viajeros, piratas, rodean a los mares y océanos...

Los mares y océanos son testigos mudos más no pasivos, algunas veces compañeros implacables de la pasión humana por la búsqueda de hazañas, gestas, lucro..., y peligros.

Y nos seduce Pérez-Reverte, en su Carta Esférica, con los siguientes fragmentos nacidos por la exaltación de aventuras en esas inmensas extensiones acuáticas: «*Luego Coy miró hacia abajo y prosiguió el lento descenso a través de la esfera azul que se cerraba sobre su cabeza, oscureciéndose a medida que se aproximaba al fondo*

[...] *Estaba en ese punto intermedio donde a veces los buceadores, sin referencias, pierden la orientación y el sentido del arriba y abajo, y de pronto se ven contemplando unas burbujas que parecen descender en vez de subir [...].*



Storm by a Rocky Shore - Claude Joseph Vernet

Lapenumbradelfondoempezó a dibujar formas, y momentos después Coy se dejaba caer muy despacio sobre un lecho de arena pálida y fría, cerca de una espesa pradera de anémonas, posidonias y algas filamentosas entre las que nadaban pequeños bancos de peces [...]. Respiró varias veces pausadamente para adaptar sus pulmones a la presión y oxigenar la sangre, y se orientó consultando la brújula [...]. La respiración ya no era tranquila, sino que había subido a tres bocanadas cada cinco segundos cuando escarbó sin encontrar nada más; y al hacerlo levantó tanta suciedad del fondo que tuvo que remontarse un poco para alcanzar agua limpia y seguir

mirando alrededor. Entonces vio el primer cañón sobre la arena.»

El fascinante hallazgo, la aventura coronada en la esfera azul profundo, muy profundo...oscuro:

Nadó impulsándose despacio con las aletas, como si temiera que la gran pieza de bronce fuera a deshacerse ante sus ojos igual que la rueda de madera. Debía de tener dos metros de largo, y yacía sobre el fondo como si alguien acabara de depositarlo allí con mucho cuidado. Estaba casi todo al descubierto, con su pátina mohosa y algunas incrustaciones calcáreas; pero eran perfectamente visibles los adornos de las asas en

forma de delfines, la bola del cascabel de la culata y los gruesos muñones. Debía de pesar casi una tonelada.

O aquel fascinante párrafo de Pérez-Reverte (7) que no es más que una exquisita descripción de un hombre nacido para el mar: «Ahora Paco el Piloto está cerca de jubilarse y anda, como sus compañeros de las barcas y las lanchas, en confusos pleitos con las autoridades portuarias que pretenden —las autoridades siempre pretenden hacerte faenas así— cambiarles el atracadero de la dársena de botes donde han estado amarrando toda la vida, como lo hicieron sus padres y sus abuelos, y

llevárselos a otro sitio. Estuve hace unos días tomando cañas con ellos y, como siempre ocurre en estos casos, al final no sabe uno exactamente dónde reside la razón legal, pero termina adoptando, por corazón e instinto, la causa de tipos como Paco y sus colegas, gente con manos ásperas y ojos quemados por el salitre, sencillos, honrados y duros. Así que la razón, sea cual fuere, me importa un carajo. Escribe algo para defendernos, me dijeron, liándome. Y aquí ando, cumpliendo mi palabra a cambio de unas cañas, aunque sin saber muy bien qué diablos es lo que tengo que defender».

Más adelante en el texto, una simbiosis casi mítica arrastra los barcos, los mares y océanos.

Para un barco su tumba celeste y casi natural son los mares y océanos... Sin embargo, el infierno también existe:

«Otro de mis recuerdos ligados al Piloto es el Cementerio de los Barcos sin Nombre. Una vez me llevó con su lancha allí donde los viejos vapores rendían su último viaje para, ya sin nombre y sin bandera, ser desguazados y vendidos como chatarra. En aquel

desolado paisaje de planchas oxidadas, de superestructuras varadas en la playa, de chimeneas apagadas para siempre y cascos como ballenas muertas bajo el sol, el Piloto lio el primer cigarrillo de mi vida y lo encendió con su chisquero de latón que olía a mecha quemada. Después lio otro para él, y entornando los ojos miró con tristeza los barcos muertos.

—Es mejor hundirse en alta mar —dijo por fin, moviendo la cabeza—. Ojalá nunca nos desguacen, zagal»

Otro fragmento de mares y océanos, nos es arrojado, por allá por el siglo XVIII, y que es originario de una pasión por lo salvaje, por un ardor sinigual sobre lo sublime de las extensiones sin límites (8). Así, los mares y océanos devienen ostensiblemente míticos ante la mirada poética de Edgar Alan Poe...

«Estábamos rodeados de tinieblas, y de las blancas profundidades del océano salía un resplandor que brillaba en los flancos de la canoa. La lluvia blanca seguía cayendo sobre nosotros y se derretía en el agua; la cima de la catarata se perdía en la oscuridad y en el espacio. Nuestro bote corría hacia ella con espantosa velocidad.

Por intervalos abríanse vastas hendiduras en el vapor, pero se cerraban en seguida y por entre ellas se veía un caos de imágenes flotantes e indeterminadas y se precipitaban fuertes corrientes de aire silenciosas que avivaban el océano inflamado» (9).

Luego, no puede faltar ese toque necesario y hasta obligatorio de la mirada posada sobre esa elevada creación artística japonesa como lo es la cultura Manga/anime. Hay miles de estos vinculados, directa o indirectamente, con los mares y océanos. Por ejemplo, no se puede olvidar aquella sencilla, poética y delicada escena en Ghost in the Shell [Masamune Shirow /Mamoru Oshii, 1995] (10), cuando la Mayor Motoko Kusanagi (Un alma en un cuerpo diseñado sintéticamente) decide nadar en las profundas y oscuras aguas marinas mientras parece reflexionar sobre su condición no-humana, simultáneamente, un fondo musical envidiable nos conecta mágicamente con ese instante..., entre tanto las aguas se retiran de la superficie de su escafandra a medida que recobra la superficie y la mirada de Kusanagi parece perderse en el atardecer ya visible...

Otro anime que encanta es Aoki Hagane no Arpegio: Ars Nova [Seiji Kishi. 2013]. Año 2039. El Calentamiento Global y la subida del nivel del mar, permiten la aparición de la "Flota de Niebla", la cual expulsa literalmente a la humanidad de los mares y océanos. La denominada "Flota de Niebla" son hermosas (literalmente) y poderosas naves acuáticas controladas por IA (avatars humanos femeninos), que preservan aislados en tierra a los Estados-Nación. El "Acero Azul", única arma para luchar contra la "Flota de Niebla" es Iona, una Modelo Mental (avatar humano femenino) del submarino I-401, antiguo miembro de la "Flota de Niebla" (11).



1972], Abismo [Peter Yates. 1977], Buscando a Nemo [Andrew Stanton, Lee Unkrich. 2003], Todo Está Perdido [J. C. Chandor. 2013], entre muchos otros.

Sin embargo, quiero rescatar entre todos ellos, aquel film delicioso, poético, silencioso como el océano profundo... pues, solo él habla, se siente, se escapa, se muestra, se sublima, se respira y se olvida...toda la sala de cine se llena del Azul Profundo oceánico... Le Grand Blue,

de Luc Besson (1988) es exactamente eso, una oda a los mares y océanos a través de los ojos de dos competidores/compañeros, de juegos y verdades, de apnea; esa espectacular disciplina deportiva, extrema, que consiste en suspender voluntariamente la respiración con el objeto de descender en las aguas marinas y alcanzar elevadas profundidades.

Para la descripción sensible y exacta del film, me quedo

con unas líneas escritas en un tweet, por un tal Luis, y que fueron reflejadas por el portal web: **DeCine21. Diario digital de cine y series (12):** «Este filme, en su momento y creo que hasta hoy, sirvió y sirve de inspiración a gran parte de los apneistas y buzos; al menos en mi tierra, Cuba, sirvió de inspiración a muchos. Agradezco de todo corazón a los productores y actores que hicieron posible este filme, pues yo personalmente, fui uno de los "inspirados" en el mismo y gracias a "él", hoy

día siento orgullo de ser buzo y de poder sentir y vivir estas y muchas otras emociones, gracias a "El Gran Azul". ¡Es un gran filme!!!».

Y finalizamos con la mirada colonizante que tras de sí dejan los imperios, aquellos que se comienzan a vislumbrar a partir del siglo XIII, sobre las aguas de mares y océanos: Los Perros del Mar. Estos son los verdaderos "socios" acuáticos de la Reina Virgen de Inglaterra y es tal y como lo describe Arnaldo Valero: «Siendo una pequeña nación de navegantes, Inglaterra ingresó a la modernidad disputándole a España su preeminencia como imperio. Semejante empeño debió sustentarse en una maquiavélica amoralidad que hizo legítima la alianza entre la mismísima Reina Virgen y toda clase de aventureros y mercenarios, sujetos que la Historia recuerda con el nombre de los Perros del Mar. Y es que en cierta medida las depredaciones protagonizadas por Hawkins, Drake y sus émulos fueron vistas por la pujante nación inglesa como la coronación de un vasto proceso de mil seiscientos años de exploraciones, descubrimientos y todo tipo de hazañas navales. En medio de semejante

panorama un hombre se destaca por la manera como refleja el espíritu mismo del Renacimiento inglés, su fáustica ambición de amalgamar conocimiento y poder: Sir Walter Raleigh, sujeto que halla en el amo de Calibán su reflejo fiel» (13).

Aunque, no hay dudas, que en la esencia de los piratas del mar subyace lo que Luis Brito García antepone muy tempranamente en su maravillosa obra: Demonios del Mar: **Piratas y Corsarios en Venezuela (1528-1727):**

«Pirata, voz que resuena por los océanos hasta confundirse con la leyenda de éstos. Darse a la mar es excluirse de la amable compañía de la tierra y de los semejantes. Al llevar a su extremo la ruptura de estos vínculos, el pirata los pone en cuestión, vale decir: plantea de nuevo el problema nunca resuelto de nuestra relación con el prójimo y con el infinito» (14).

Los mares y océanos son como la Diosa Afrodita, pues ella, justamente, emergió de sus aguas; tal y como la describe Safo de Lesbos en su Himno a Afrodita (que bien pudiera ser el Himno de Mares y Océanos):

«Si te rehúye, pronto te ha de buscar;

si rehúsa tus obsequios,
pronto te los ofrecerá él mismo.

Si ahora no te ama, te amará
hasta cuando no lo desees.

¡Ven a mí ahora también,
líbrame de mis crueles tormentos!» (15).

Y yo, como quisiera en «una noche de ésas, y bajas y te haces un café, y después subes a la bañera con la taza de metal caliente entre las manos, y entre sorbo y sorbo miras hacia popa y ves, por la aleta, la Osa Mayor; así que por instinto trazas una línea imaginaria de Merak a Dubhé y allá arriba encuentras la Osa Menor y la Polar, inmutable desde hace tres mil años...»

Bibliografía

1. Pérez, Reverte, A. La Carta Esférica. Alfaguara. Santa Fe de Bogotá. 2000

2. Britto García L. Rómulo Gallegos y el Otro. En Por Los Signos de Los Signos. Monte Ávila Editores Latinoamericana, C.A. Caracas. Venezuela. 2003, pg. 173-177.

3. Sófocles. Antígona. <https://www.lectulandia.co/>

4. Alba Rico, S. Leer con Niños. Caballo de Troya, Random House Modadori SA. Barcelona. 2007.

5. Falconer W. The shipwreck, a poem. Printed for William Miller. 1811. <https://archive.org/details/shipwreckapoem02clargoog>

6. Melville H. Moby Dick. Editor digital: Titivillus. <https://www.lectulandia.co/>

7. Pérez-Reverte A. Paco el Piloto. En Los barcos se pierden en tierra. Alfaguara. Barcelona. 2011.

8. Eco, U. Historia de la Belleza. Edit. Lumen. Italia. 2004.

9. Poe EA. Asombroso. En Las aventuras de Arthur Pym. En Historia de la Belleza. Edit. Lumen. Italia. 2004.

10. Voronina, S. Ghost in the shell - diving scene. 2013. <https://www.youtube.com/watch?v=MjoRQHXd6tk>

11. Aoki Hagane no Arpeggio: Ars Nova 1 Sub Español. Link: <https://www.animefenix.com/ver/aoki-hagane-no-arpeggio-ars-nova-1>

12. DeCine21. Diario digital de cine y series. El Gran Azul.



EL NAUFRAGIO. JOSEPH TURNER (1805)

Mi vida es el mar. <https://decine21.com/peliculas/el-gran-azul-3310>

13. Valero A. Pirata. Canibalismo aleatorio de La Tempestad. Luis Brito García. <http://bdigital.ula.ve/storage/pdf/actual/n49/art44.pdf>

14. Brito García L. Demonios del Mar: Piratas y Corsarios en Venezuela (1528-1727). <http://desdelpatio.org/britto/>

desdelpatio.org/britto/

15. Safo de Lesbos. Oda a Afrodita. <https://trianarts.com/poema-del-dia-oda-a-afrodita-de-safo-de-lesbos/>.

16. Pérez-Reverte A. El Dragón y la Polar. En Los barcos se pierden en tierra. Alfaguara. Barcelona. 2011.